

COMEDIA FAMOSA.

MUDANZAS DE LA FORTUNA, Y FIRMEZAS DEL AMOR.

DE DON CHRISTOV AL DE MONROY.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

- | | | | | |
|----------------------|-----|---------------------|-----|-------------------|
| El Rey de Napolés. | *** | Margarita, villana. | *** | Leonido su hijo. |
| Federico su sobrino. | *** | Carios, villano. | *** | El Conde Arnesto. |
| Porcia. | *** | Albano, viejo. | *** | Mengo, villano. |

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey, y el Conde de caza, y dicen mirando adentro.

Rey. V Aronil oisadial con que valor la remendada pia, exhalado fuor del Orizente, alma del yermo, escandalo del monte, se despeña al combate, quando Porcia esmaltando el acicate en purpura caliente, mide veloz el campo floreciente!

Concl. Ya Porcia, y Federico (Rey famoso de Napolés, ilustre, y generoso) vienen a acompañarte, ella excediendo à Palas, y el à Marte.

Salen Porcia, y Federico con venablos, y el de Porcia con sangre.

Rey. S obrino?

Fed. Gran Señor? danos tu mano.
 Rey. Porcia, de verte, el monte vive ufano, porque quando le pisas, su clavelada matizas, y dando at Abril, para lucir lecciones, nace un clavel donde la planta pones.
 Fed. Vuestra Alteza, señor, escuche atento, oirá un milagro, hijo de su aliento.
 Porc. Agradecida estimo honras de vuestra Alteza, y de mi primo,
 Rey. Di, Federico.
 Fed. Honraba la maleza, coronando los montes de belleza, Porcia mi prima, quando sobre un melado bruto, que usurpando al rayo lo violento, hijo del viento es el mismo viento,

Handwritten notes: 5885, 162, 115810

tan fuerte en la carrera,
 que si por dicha el viento se perdiera,
 para poder hallarlo,
 vinieran à buscarlo à este cavallo.
 Preso en la piel melada,
 toda de negras moscas salpicada,
 que quizá la mancharon
 por la color de miel que en él hallaron;
 hallò en la margen de esse arroyo frio,
 fenda de plata, que camina al rio,
 un osso, ossado aleve, (ve;
 robando el alma dulce à un corcho bre-
 mas asfi que við à Porcia, torpe, y triste,
 el hurto dexa, y al cavallo embiste,
 que como era melado,
 le juzgò de panales fabricado.
 Porcia entonces opuesta à su fiereza,
 con el venablo el pecho le atravieffa,
 y por la rota herida
 tragò el acero, y vomitò la vida.
 No parò aqui su brio, pues dexando
 la fiera con la muerte agonizando,
 midió el valle florido,
 y un Leon hallò en él embravecido,
 que cometa de pluma,
 humedeciendo el bozo con espuma,
 abrasada la piel, vivo el desvelo,
 la gueveja herizada, crespo el pelo,
 que quando brama, ò gime,
 cinco puñales cada mano esgrime,
 altivo la acomete,
 sacudiendo los rizos del copete.
 Cercanle los Monteros,
 y antes que dibuxàra los aceros,
 à la menor herida de mi prima,
 que la cerviz nerviosa le lastima,
 embarga el movimiento,
 y el alma exhala à bueltas del aliento,
 y aunque muerte la herida le asegura,
 mas presto se murid de su hermosura.

Rey. Es Porcia honor de entràbos Orizòtes,
 valerosa Diana de estos montes.

Porc. Honrame vuestra Alteza.

Fed. Què brio! *Rey.* Què hermosura!

Cond. Què belleza!

Fed. La caza prosigamos. (mos,

Rey. Aguardad, que à la sombra destes ra-
 que de este risco en la cenefa, ò falda

se dan tiernos abrazos de esmeralda,
 à todos juntos referiros quiero
 un extraño suceffo. *Fed.* Ya le espero.

Cond. Yà le aguardo obediente.

Rey. Pues todos escuchad atentamente.

Carlos mi padre, que yace
 en tragicos Mauteolos,
 Rey de Napoles inigne,
 que es el Reyno mas hermoso,
 tuvo dos hijos, que fuimos
 Enrique, y yo, siempre en todo,
 halta en el nacer, opuetos,
 pues de un infeliz aborto
 nacimos los dos luchando,
 como contrario uno de otro.

Criòse Enrique arrogante,
 sobervio, vanaglorioso,
 à las lisonjas atento,
 à los desengaños sordo,
 à los consejos severo,
 y à las delicias guitoso.

Yo al contrario, por afable,
 y por modesto, de todos
 grangeè las voluntades,
 siendo mi humildad soborno,
 que tiene imperio en las almas
 lo apacible, y lo piadoso;
 y asfi, despues que mi padre
 fue à pisar dorado Solio,
 me eligió el Senado à mi
 por Rey, y Monarca solo.
 Dividiòse el vulgo en vandos,
 alteròse el Reyno todo,
 crecieron oposiciones,
 publicaronse alborotos,
 ocasionando à mi hermano
 los rebeldes, y alevosos,
 à que contra mi esgrimieffe
 el dorado alfange corbo.

Venciò Enrique, y à sus sienes
 conduxo el circulo de oro
 con aplausos, porque siempre
 agrada lo jutto à pocos.

Y en tanto que con mi azero
 defendia valeroso

mi justicia, perseguida
 de Enrique, inhumano monstruo,
 mi esposa, y mi hermana (ha Cielos!)

con

con disfraces temerosos,
 à esta Aldea trasladaron
 su belleza, y sus affombros.
 Estaban ambas en ciuita,
 y del parto rigoroso
 murió la Reyna, y mi hermana:
 la imitó despues, que solo
 de sus muertes tuve aviso:
 qué desdicha, y qué mal logro!
 Yo de la sangrienta guerra,
 donde los valles, y fotos,
 sobre la librea verde,
 se matizaron de roxo,
 partí en un brutó ligero,
 que despedia fogoso
 sangre viva, y maerta espuma
 por la boca, y por los ojos.
 Fui à Alemania sin hallar
 favor en mi Reyno todos,
 pero quando de un vencido
 se acuerdan los poderosos?
 Veinte veces doró el Sol,
 hoguera ardiente del Notó,
 de quien son centellas vivas
 tantos. Otros luminosos,
 y visitando en su alvergue
 el pelo al celeste Toro,
 mientras yo ausente, gozó
 Enrique del Cetro heroico.
 Mas el Cielo, que no niega
 à tyranas el rostro,
 dispuso que restaurara
 con el Alemán socorro
 mi Reyno: vencí à mi hermano,
 murió, y su Exercito roto,
 huyendo de mi cuchilla,
 se retiró temeroso.
 Cobré à Napoles, y en ella
 segunda vez me coronó,
 con agasajo de muchos,
 con emulacion de pocos.
 Oy he dispacito esta caza,
 porque informarme dispongo
 de Albano, Labrador noble,
 que fue el amparo piadoso
 de mi hermana, y de la Reyna;
 (ya de la parca despojos)
 si parió mi esposa trute,

que no sin pena lo ignoro.
 Si fueren varon, con Porcia,
 en hymenco amoroso,
 daran limite al cuidado,
 y à mis esperanzas logro;
 y si es muger, Federico
 será Monarca dichoso.
 Quisiera, nobles sobrinos,
 que gozerais los dos solos
 à Napoles, mas el Cielo
 lo impide con este estorvo.
 Aquella Aldea, que ciñe
 la cenefa de aquel foto,
 nes dará sin dilacion
 pena, fuito, mal, ò affombro.
 Eite es el misterio oculto,
 que ignora mi Reyno todo,
 eite el Principe que aguardo,
 la tyrania que lloro,
 la esperanza que me alienta,
 la d. idicha que supongo,
 el sugeto que rehiero,
 y el desengaño que noto,
 si para tentido mucho,
 para referido poco.

Fed. Extraño caso! *Porc.* Notable!

Fed. Ya me tiene cuidadoso.

Porc. A tu gusto, gran señor,
 están obedientes todos.

Cond. Si tiene el Reyno heredero,
 gozele alegre, y dichoso,
 que ninguna ley permite
 lo contrario. *Rey.* Alegre os oyo.

Fed. Pues al monte, que ya Febe
 dibuxa con lineas de oro
 las sacudidas espumas
 desse maritimo golfo.

Rey. Oy labrás, Napoles bella,
 si tienes Principe heroico.

Porc. Si es varon, he de ser Reyna.

Fed. Si no es varon, me coronó.

*Vanse, y sale Menzogaçoso huyendo
 de Leonido, y Margarita
 temiendo.*

Marg. Aguarda, espera, Leonido:
 donde vas de aquesta fuente?

Leonid. A dár à Carlos la muerte:
 sueltame. *Marg.* Ettàs sin sentido?

Meng. Que me mata. *Leon.* Y tu, villano, vive Dios, que has de morir.

Meng. No hallo por donde huir del rigor deste tyrano; en el tener, ò soltar pende el vivir. *Leon.* Suelta, ingrata.

Meng. Aquí de Dios, que me mata sin dexarme confesar.

Marg. A Carlos matas, cruel? tu vida à la Parca ofreces?

Leon. Si, pues à mi me aborreces por idolatrar en èl; tu das vida à tu rigor, yo aliento al cuidado amante, tu en los desprecios constante, yo constante en el amor. Y en estos zelos que toco, quando el sufrimiento pierdo, solo me queda de acuerdo saber que me tienes loco.

Sale Carlos, y queda se escondido.

Carl. Qué es esto que miro, Cielos! Margarita con Leonido? ay de mí, que siempre han sido pensión del amor los zelos! quiero escuchar à los dos.

Marg. Engañado estás, Leonido, que ni à Carlos he querido, ni quiero quererle. *Carl.* Ay Dios! esto dice Margarita, quando me llama su dueño!

Marg. Olvida el loco despeño, que tu enojo folicita.

Leon. Luego mienten mis rezelos?

Marg. No te desengaño ya?

Carl. Viven los Cielos, que està satisfaciendo sus zelos.

Marg. Mengo, quiero à Carlos yo?

Leonid. Donde vàs, torpe villano?

Meng. A casa de un Cirujano.

Leon. Hete herido? *Meng.* Pues no? la ropa siente mojada, y las bragas mucho mas, y es cierto, que por detrás me has dado alguna estocada.

Leonid. Di, villano, quiere bien Margarita à Carlos? *Meng.* Si, así me quisiera à mí.

Marg. Mengo, el discurso detén: yo tengo à Carlos amor? di mas necedades juntas.

Meng. Pues para qué me preguntás lo que tu sabes mejor?

Carl. Que negando, ingrata, estès nuestro amor! de zelos muero.

Marg. Cómo sabes que le quiero?

Meng. Cómo? yo te lo diré: Porque los vi el otro dia hablando tan tiernamente en la margen de una fuente, que el agua se suspendia. Despues, segun pude ver, con amorosos excessos, las manos, y boca à besos se las querian comer; y advirtiendo su locura, entre mi dixè al mirarlos, que es Sabado piensa Carlos, pues quiere comer grossura.

Marg. Que mis señas no entendido! vete. *Meng.* Si pudiere ser:

Vase, y buelve.

tambien me acuerdo, que ayer ella un abrazo le dió. *vase.*

Marg. Con el susto se ha turbado, y en nada ha dicho verdad.

Leonid. Engañosa es tu piedad.

Sale Meng. Tambien se me avia olvidado, que Margarita embió oy à Carlos un papel.

Marg. Cómo lo sabes, infiel?

Meng. Porque se le llevè yo.

Leonid. Es aquesta turbacion? à colera me provocho.

Marg. Sin duda està Mengo loco; ò barbaro sin razon! buelvas con otras locuras?

Meng. Se me olvidaba por Dios, que anoche hallè à los dos en un aposento à oscuras.

Marg. Miente.

Leonid. Pues mi amor piadoso como no halla alivio en ti?

Marg. Quiero engañarle (ay de mí) porque no mate à mi esposo: *ap.*

Los zelos te tienen loco.

Leonido, que en pena igual,
yo no quiero à Carlos (mal).
yo no estimo à Carlos (poco.)
Dexa zelosas quimeras,
no te enojas, dueño mio,
olvida esse deivario.

Carl. Vive Dios, que và de veras.

Leonid. Margarita, essa esperanza
pondrà freno à mi impaciencia,
aunque ay poca diferencia
entre muger, y mudanza;
à Dios, y quando se alexe
tu beldad, no con despejo
te quexes de que me quexo,
pues haces por que me quexe.

Vase, y sale Carlos.

Carl. No ay humano sentimiento
contra passiones zelosas;
y pues las padece el alma,
salgan, salgan por la boca,
que no tiene amor, ni zelos
el que en ansias tan notorias
se vale de la prudencia
para desmentir congojas.

Marg. Carlos, esposo, mi bien,
dueño, mi señor, mi gloria,
què tienes, que tan turbado,
fuego parece que arrojas?
Toda la color perdida,
trémula la vida, abforta,
sin disfráz el sentimiento,
sobornada la congoja,
la pena con mucho brio,
trocada en jazmin la rosa,
todo negado al aliento,
cuya suspension informa,
que intentas plaza de hielo,
ò que estudias para roca:
Bien como candro arroyo
dulce, del prado lisonja,
que siendo en cuna de peña
alma de un risco sonora,
muerte en tumulto de plata,
perdiendo la primer forma,
pues à los soplos del Cierzo,
tan helado el curso estorva,
que es hielo lo que fue perlas,
y granizo lo que aljofar.

Como, Carlos, no me miras?
què disgustos te apassionan?
renereme tus pesares,
deicanta conmigo à solas:
què tienes, Carlos? què tienes?

Carl. Tengo, villana alevosa,
tengo zelos, que me affigen,
y acciones, que me enojan,
enojos, que me desvelan,
y penas que me congojan:
mira si tengo bastante
para eitar de aquetta forma.

Marg. Zelos, Carlos? estàs loco,
querido dueño? *Carl.* Ha traydora!

Marg. Esto me dices? no sabes
con las ansias amorosas,
que te adoro? finges, Carlos?

Carl. Què me dices, engañosa,
si son mis ojos testigos,
que à Leonido te aticionas?
no es cierto lo que refiero?
testigos las flores todas,
que para dormir la fiesta,
las recuesta el viento aora;
si ya no es, que desmayadas
de ver tu traycion se poltran,
que ay dolor para las flores,
quando à los hombres les sobra.

Marg. Oye, advierte:—*Carl.* Dexame,
y mira que me ocasionas
à que esta brillante daga
embayne en tu pecho aora;
aunque es mejor en el mio,
pues vives en el tu propia,
morirèmos los dos juntos,
pagando de aquetta forma,
yo, averte querido bien,
tu, averme sido alevosa.

Marg. Estàs en ti? escucha, Carlos,
que me atormentas, y enojas.

Carl. Suelta, Sirena, que encantas
quando del alma despojas:
Cocodrilo, que das muerte
quando más lagrimas lloras,
si yo te vi con Leonido,
quier s negarmelo aora?
vive Dios, que no salí
à matarte (què congoja!)

porque como nunca tuve
 tu lealtad por sospecha,
 quedé absorto en el agravio;
 y quí el toro à quien provocan
 en la ruidosa palestra
 los silvos, y las garrochas,
 que sin herir con las puntas,
 con el ceño solo afombra,
 y dudando en la venganza
 quando mas ciego se enoja,
 acepillando la arena,
 viñe de espuma la boca,
 globos de menudo polvo.
 f. b. uca donde se escondi,
 y à título de embetido,
 parece que se reporta:
 Así yo, viendo mi agravio,
 el alma turbada toda,
 dudaba qual de los dos
 me daba mayor deshonor;
 y entre suspenso, y confuso,
 vivo escello, y viva roca,
 negandome à los castigos,
 me concedi à las zozobras.

Sale Mengo.

Meng. Leonido, que con tu tio
 Albano quedaba aora:::
 mas ay! Carlos està aqui?
 él me desfuella, ò me azota.

Carl. Recado traes de Leonido
 tu, traydor, à mi persona?
 Quiere Margarita bien
 à Leonido? *Marg.* Di tu aora
 otras locuras, villano.

Meng. Ella sin duda se enoja, *ap.*
 porque la digo, que à Carlos
 ama; y o enmendare toda
 la necedad de erdenantes,
 Señor, Margarita adora
 à Leonido tiernamente;
 esto es cosa muy notoria.

Carl. Està bien; ingrata à Dios.

Marg. Carlos mio, amada gloria::

Carl. Dexame, que no me ablandan
 tus cautelas, y lisonjas.

Sale Leonido.

Meng. Ay de mi! yo me contento
 con treinta palos. *Marg.* Aora

veras si te adoro, Carlos:
 turbada està el alma toda. *ap.*
 Leonido aleve villano,
 nube obscura, opulta sombra
 al esplendor de mi amor,
 yo soy de Carlos esposa;
 si lo cautelè advertida,
 fue porque attivo pregonas
 dar la muerte à Carlos, digo
 à mi, que es todo una cosa.
 Tan imposible es quererte,
 como venir las afombras,
 que pule. Mayo de etirelias,
 y las esteras de rosas:
 Dueño mio, està contento?

Carl. Mi silencio te responde.

Mar. Y yo he dicho lo que siento,
 mira tu lo que te toca.

Leonid. Absorto, y suspenso aqui,
 halla mi conocimiento
 en ti tanto atrevimiento,
 como sufrimiento en mi:
 sucedió lo que temi;
 pero yo, como à enemigo,
 daré à tu traycion castigo,
 y sin que tu amor lo impida,
 quitaré la aleve vida
 al traydor que està contigo.

Carl. Vive Dios, que si intentaras
 oponerte à mi valor,
 que mi colera, y furor,
 villano, experimentarás;
 tan alto al Cielo velaras,
 que con muda turbacion,
 dando al Orbe admiracion,
 tu vil persona sirviera,
 ù de cometa en la estera,
 ù de nube en la region.

Leonid. Es tan valiente mi brio,
 y mi denuedo tan fuerte,
 que para darle la muerte
 bairta solo un sopio mio.

Carl. Retrena tu delvanio,
 disparates no refieras,
 pues con voces palabreras
 desacreditas mi intento,
 que el sopio es cola de viento,
 como lo son tus quimeras.

Leon.

Leonid. Yo, luchando en fuertes lazos
doy à un ollo confusion.

Carl. Y yo en el monte, à un Leon
le hago dos mil pedazos;
y si te coxo en mis brazos,
luchando en penosa calma,
he de llevàrme la palma,
pues tanto te he de apretar,
que no ha de hallar lugar
por donde salir el alma.

Marg. Leonido, si por amante
quieres dár à Carlos muerte,
no podràs de aquella muerte,
ni tenerme, ni aun mirarme,
que yo que supe entregarme
à Carlos, siempre fiel,
vivo en su pecho con èl;
y si tu eres su homicida,
mal podrè yo tener vida,
si se la quitas à èl.

A Carlos el alma adora,
y con la union que recibe,
tendrè yo vida, si èl vive,
tendrè yo muerte, si èl muere;
su aliento de mi se infiere,
el gusto en ambos es uno,
y el disgusto si ay algunos;
y assi, en el lance feroz,
ò moriremos los dos,
ò no morirà ninguno.

Carl. Dexarte, es cordura en mi,
porque sè, cobarde loco,
que eres para mi muy poco,
y soy mucho para ti.

Leon. Aguarda, villano, aqui. *vase.*

Carl. Con armas podrè aguardarte. *vase.*

Marg. Carlos, oye (que pensar!)
renir quieren (que prudencia!)
por èstorvar la pendencia
à Albano quiero avisar.

Salen viniendo Carlos, y Leonido.

Carl. Aora veràs, villano,
que no has de hacer competencia
al valor, que en mi estos montes,
ò le temen, ò veneran.

Salte Albano.

Alb. Teneos: què es esto, Leonido?

Leon. Apenas forma la lengua

palabras, porque la estorva
de colera el alma ciega.

Alb. Leonido mi hijo adora
esta divina belleza,
por natural simpatia,
ò consonancia de Estrellas;
mas ella se inclina à Carlos,
yo soy padre, y no quisiera,
que permitiera el amor
contra la lealtad cautelas:

Tocan dentro, y sale Mengo.
què es esto?

Meng. Señor, el Rey,
que aora llega al Aldèa.

Alb. Salgamos à recibirle.

Carl. Escusada diligencia.

Salen el Rey, Federico, Porcia, y el Conde.

Rey. Albano, amigo? *Alb.* Señor?
deme los pies vuestra Alteza.

Rey. Di lo que passa, y si tiene
Napoles Príncipe. *Fed.* Bella
muger! *Porc.* Gallardo villano!

Carl. Què Magestad!

Marg. Què Grandeza!

Alb. Tu hermano, invicto Monarca,
y mi señora la Reyna,
que alcatifas de zafir
piñan en folios de estrellas,
huyendo del Rey Enrique
vinieron à questa Aldèa,
à dár à las flores vida,
à dar lastima à las penas.
Pariò la Infanta una niña,
y muriòse, viendo apenas
el rosciler de los rayos
del mas ardiente Planeta;
mas la Reyna mi señora
le diò à Napoles la bella
un Principe, que conmigo
se ha criado en estas sierras,
fin que el temor de tu hermano,
gran señor, me permitiera
descubrir su calidad,
manifestar su grandeza.

Rey. Acaba; qual de los dos
es mi hijo? no suspendas,
ni dilates el discurso.

Alb. Es Carlos; llegue tu Alteza.

Rey.



Rey. Darné, Principe, los brazos,
Carl. Que tus plantas me concedas,
 te ruego. *Rey.* Levanta, Carlos:
 qué agrado, y qué gentileza! *ap.*
Fed. Tanto este Carlos me enfada,
 como esta Serrana bella
 me enamora, pues me quitan
 à un tiempo los dos (qué pena!)
 el el Reyno, y ella el alma;
 bien dicen los que confiesan,
 Amor se rinde à un objeto,
 porque el es todo potencia.
Porc. Notable mudanza ha sido!
Carl. Fortuna, y naturaleza,
 si con favores me obligan,
 con dichas me lifongean;
 una me dà una Corona,
 otra un padre, en quien respecta
 con veneracion el alma,
 valor, aplauso, y grandeza;
 y de las dos obligado,
 si satisfacer pudiera,
 primero que à la fortuna,
 premiara à naturaleza.
Rey. Sois discreto.
Fed. Yo el primero
 lleigo à rendir la obediencia
 à mi Principe, y Señor:
 deme los pies vuestra Alteza.
Porc. Y yo aguardo en estas plantas
 me reconozcais por vuestra.
Rey. Federico, y Porcia son
 mis sobrinos. *Carl.* La soberbia
 me acutará, si à mis pies
 os postais de esta manera:
 Alzad, primo; Porcia, alzad,
 que en los dos ve el alma atenta
 un valeroso Alexandro,
 y una bellissima Elena.
Fed. Confuso estoy de mirarle.
Porc. Rendida estoy à sus prendas.
Fed. Oy pierdo un Reyno, y la vida.
Porc. Oy gano esposo, y soy Reyna.
Fed. Oy se aumentan mis cuidados.
Porc. Oy se minoran mis penas.
Cond. Todos, Principe, y señor,
 humildes tus plantas besan.
Rey. Es el Conde Arnelto.

Carl. Alzad;
 à vos, Albano, esta Aldèa,
 con licencia de mi padre,
 os doy. *Alb.* Tu nobleza ostentas.
Carl. Yo me acordaré de vos;
 mucho os debo: Mengo venga
 à la Corte, porque gusto
 de sus gracias.
Meng. Guarda puera:
 yo entre Duquesos, Duquesos,
 y Duquesos? *Rey.* Esta cadena
 tomad, y servid à Carlos.
Meng. Prendéisme, señor, con ella?
 esto es tratarme de loco:
 yà en piezo à privar de estrellas;
 pero si yo foy privado,
 privada será Teresa.
Rey. Quien es Teresa?
Meng. Mi hermana,
 que ayer se fue à unas novenas,
 porque la dà Dios un hijo,
 que no pare, aunque pudiera;
 pero ya con la merced,
 que os hace su intolencia,
 no solamente mi hermana,
 mas no quedará en la Aldèa
 Serrana, que no se empeña.
Rey. Gracias tiene; las Literas,
 y carrozas. *Fed.* Vamos, porque
 se den principio à las ficcias
 del Principe.
Carl. Yo agradezco
 aquefias nonras supremas.
Fed. Yo voy rabiando de embidia.
Porc. Y yo voy de amores muerta.

Vanse, y queda Carlos, y Margarita.

Marg. Solo el Principe ha quedado.
Carl. Solo Margarita queda.
Marg. O Fortuna, y qué Mudanzas
 para dai me muerte intentas!
Carl. O Amor! como no te rinde
 la Magestad, y Grandeza?
Marg. Quifiera llegar à hablarle.
Carl. Llegar à hablarla quifiera:
 Margarita?
Marg. Gran señor?

deme los piés V. Alteza.

Carl. Por qué es el llanto?

Marg. He querido
à un hombre, y perderle es fuerza.

Carl. Y por qué es fuerza perderle?

Marg. Porque se ausenta, y me dexa.

Carl. No dexa quien quiere bien,
quien tiene amor no se ausenta:
qué importa que yo me vaya,
si con vos el alma queda?
no lloreis.

Marg. Es imposible,
porque el amor que me alienta
es flor, que en las verdes ramas
de la esperanza se alverga,
y se podrá marchitar
si los ojos no la riegan.

Quien ama, y no llora, Carlos,
(digo señor) aun no llega

à la perfeccion de amor,
que en las lagrymas se ostenta,
que son lagrymas del alma
para desahogar las penas,
y quizá por esta causa
al Amor le ponen venda,
acordando la sangria
à quien amare de veras.

Carl. Còmo podrè, Margarita,
vivir con gusto en tu ausencia?

Marg. Has de amarme?

Carl. Esso dudas?

Marg. Veràs otras damas bellas,
y olvidaraste de mi.

Carl. Nadie iguala à tu belleza.

Marg. Un Principe à una villana?

Carl. Las calidades dispensa
Amor, que es Dios, y es amante
aumento de mi grandeza:
qué temes?

Marg. Qué has de olvidarme.

Carl. Soy firme.

Marg. Ay allà Sirenas.

Carl. Serè Ulises.

Marg. Quiera el Cielo.

Carl. Quien dixera: :-

Marg. Quien dixera :-

Carl. Qué disgusto!

Marg. Qué pesar!

Carl. Dulce dueño.

Marg. Amada prenda.

Carl. Que en la Aldèa te quedàras?

Marg. Que tu à la Corte te fueras?

Carl. Y Leonido.

Marg. Es engañoso.

Carl. Si te sirve.

Marg. Esso me acuerdas?

Carl. Qué has de hacer?

Marg. Despreciarèlo.

Carl. Y si llora?

Marg. Serè peña.

Carl. Y si habla?

Marg. Serè aspid:

me olvidaràs?

Carl. Es quimera.

Marg. Ay mi bien! que dicen todos
los que amor experimentan,
que sin ausencia ay olvido,
mas no sin olvido ausencia.

Carl. Ninguna mi amor iguela,
serè excepcion de la regla.

Marg. Dame un abrazo, y à Dios.

Carl. Mis ojos, con èl te queda.

Marg. Ven acà, pues de essa suerte
te vàs tu de mi presencia?

Carl. Pues qué quieres?

Marg. Que me ames.

Carl. Tuyo soy.

Marg. Si verdad fuera.

Carl. Iràs à verme?

Marg. Si, Carlos.

Carl. Quando, amores?

Marg. Quando pueda.

Carl. Yà me llaman, y no puedo *Tocame*
detenerme.

Marg. Carlos, ea,
à Dios.

Carl. Margarita mia.

Marg. Carlos mio, dulce prenda.

Carl. A Dios.

Marg. A Dios, dueño mio.

Carl. Qué, te quedas?

Marg. Qué, te ausentas?

Carl. Quien se quedàra contigo!

Marg. Quien à la Corte se fuera!

Carl. El alma toda te dexo.

Marg. El alma toda me lleva.

JORNADA SEGUNDA.

*Salen el Rey, Carlos galán, Federico,
Porcia, y el Conde.*

Fed. Notable melancolia!

Porc. Extraordinaria passion!

Rey. A todos dà confusion,
Carlos, tu pena, y la mia.

Esta feliz novedad
no divierte tu cuidado,
quando del humilde estado
subes à la Magestad?

Què pena, Carlos, pretende
dàr eclipses à tu gusto?
què pesar te dà disgusto?
què tristeza te suspende?

Carl. No es tristeza aquesta mia,
pues veràs quando lo intentes,
que son cosas diferentes
tristeza, y melancolia.
Pues procede la tristeza
de alguna causa interior,
melancolia, es humor
natural, que nunca cessa.
Y assi no culpes en mi
la tristeza que advertiste,
que yo, señor, no estoy triste,
y melancolico si.

Rey. Quando es tanta la passion,
es bien que perdiendo el brio,
reconozca el alvedio
el yugo de la razon.

Mas es que melancolia
la que te affige, divierte
con tus primos mal tan fuerte.

Fel. Oy, Conde, la industria mia
se ha de lograr, vive Dios,
que à Napoles me asegura.

Card. Del Principe la ventura
estorvarèmos los dos,
Rey de Napoles seràs,
si tiene mi industria efecto,
à tu gusto estoy sujeto,
como en las obras veràs.

Fed. No es locura mi ambicion,
pues quando por èl no reyno,

puedo decir que del Reyno
me quita la possession.

Porc. Aun me niegas, señor,
el mal que llega à enfadarte?
Yà porque pueda imitarte
me dà liciones mi amor,
que excessivo me condena
al pesar que en ti miro,
que mal tendrè gusto yo,
quando te miro con pena.

Carl. Tantas cosas diferentes,
prima, novedades son,
que causan admiracion.

Porc. No se admiran los prudentes.

Carl. En quien siempre se ha criado
à la soledad atento,
disfrazar suele el contento
la novedad del estado.

Fed. Sospecho que Carlos, Conde,
pues no le agrada mi prima,
à otra hermosura estima,
y su voluntad esconde;
y assi, para que al terrero
vaya, y en èl de esta suerte
le demos los dos la muerte,
un papel serà el tercero.

Card. Pues luego à escribirle voy.

Fed. Vamos. *vanse.*

Porc. Quando ha valido
contra penas el olvido?

Carl. Nunca, estando como estoy.

Porc. Si te inclinas à cazar,
si al monte quieres bolver,
yo primo, aunque soy muger,
doy à una fiera pesar,
te seguirè entre las breñas,
tiñendo en lances fatales
el venablo de corales,
y de purpura las peñas;
y porque gusto recibas,
poblarè con flechas muertas,
el viento de plumas vivas,
el monte de plumas muertas.

Carl. Sujetame la passion,
y assi de tu pensamiento
guardo el agradecimiento
para mejor ocasion.

Porc. Pues de essa suerte, señor,

yo me voy. *Carl.* El Cielo os guarde.

Porc. Penosa, trille, y cobarde
me tiene mi loco amor.

Carl. Ay Margarita, ay beldad
divina! tus perfecciones,
con sofisticas razones
disfrazan la voluntad.

Mucho me cuestas: penosa
vive el alma que en ti habita,
que como eres Margarita,
es preciso el ser preciosa.

Sale Mengo con un villete.

Meng. Valgate Dios por muger.

Carl. Mengo, que te ha sucedido?

Meng. Vengo ablorro, y suspendido.

Carl. Que tienes?

Meng. Que he de tener?

Oye, señor, este cuento.

Una dama quiso hablarme,
y al allegar à llamarme
reparè, señor, atento,
que boitezò, y con malicia,
tanto-abrió la boca bella,
que la cabía por ella
todo un nabo de Galicia.

Yo con gusto extraordinario,
que la novedad provoca,
me acerquè, y ví que su boca
se parecia à un rosario,

enartados en los diestros
labios roxas celosias,
los dientes Ave Marias,
y las muelas Padre nuestrós.

Y como al rosario toca
tener cruz, que es ordinario,

poi darle cruz al rosario,
hice una cruz, y en la boca
la metí à su p. sir,
y ella quedò de manera,
que yo pienso, que aunque quiera,
no boverà à boitezar;
aunque viito à buena luz,
no fue la mia simpleza,
porque siempre quien boiteza
hace en la boca una cruz:

Diome esta la niña loca,
y que es mi discurso entienda
memorial, en que pretenda,

que se le acnique la boca,
dixo que era para ti.

Lee Carlos. Esta noche en el terrero,
Príncipe, el hablaros quiero:
Etto solo dice aqui.

Meng. Ella es, daràme pesar
si à verta vàs, porque juro,
señor, que no eitàs leguro,
si ella buelve à boitezar.

Carl. De calidad diferente
ha de ser la que me llama.

Meng. Podrà ser que sea otra dama,
que te quiera tiernamente.

Carl. Por divertir mi pesar
irèmos juntos los dos.

Meng. Aquello no, vive Dios,
no loy para acompañar
de nocne. *Carl.* No des en esto;
venid à acompañarme.

Meng. Temo :- *Carl.* Que?

Meng. Que ha de tragarme
si es la dama del boitezo.

*Vanse, y sale Margarita con espada,
y rodela de noche.*

Mayg. Ya la ausencia de Latona
tombras despliega en el ayre,
vistiendo de negros lutos
lo que adornaron celages.
La Luna en folios nocturnos,
coronada de granates,
goños de tinieblas furca
en chalupas de azabache.
Y viendo ausente à su hermano,
solicitando el buscarle,
en iende el Cielo de antorchas,
muda, assustada, y cobarde:
Y si la ausencia del Sol
ocasiona estos pesares,
que mucho que yo affigida
de llantos que me desnacen,
de zelos que me desvelan,
de penas que me combaten,
zelosa, penosa, y triite,
sola, tierna, ausente, amante,
à ver à mi ausente venga,
à buscarle, y à buscarme,
que eltando sin èl, no es mucho,
que à mi misma no me halle.

Teodora, Eufonia, y Eugenia,
 y otras mugeres conitantes,
 por amor se disfrazaron,
 mas que avrâ que amor no alcance?
 Y pues todas no pudieron
 en profecia igualarme,
 yo, que su firmeza excedo,
 las imito en este trage.
 Solo el trage mudar puedo,
 porque no serân battantes
 (ay Carlos!) para que mude
 mis pensamientos leales.
 Quantas penas, zelos, muertes,
 ansias, ausencias, pesares
 ziene Amor, que adoro firme,
 y no sabrè ser mudable.
 Y quando mi pensamiento
 quisiera, por despicarle,
 en tu ausencia divertirle,
 por no ser conmigo facil,
 fuera mi misma homicida,
 que sieres, querido amante,
 mi dueño, yo, que de mi
 me olvido en el olvidarte,
 no fuera lo mas dâr logro
 à venganza semejante,
 vengandome en mi, de mi,
 por que à mi pueda olvidarme.
 Bien sè, Carlos de mis ojos,
 que no he de verte, ni hablarte,
 pues me tengo de ausentar
 antes que Febo galante
 entapize el roxo Oriente
 con dorados tafetanes;
 pero alegre de mirar
 este Alcazar donde yaces,
 darè la buelta à mi Aldèa,
 que en desdichas semejantes,
 à quien la perla no puede,
 la caja balta aliviarle.
 Palacio bello, que guardas
 mi feliz, y tierno amante,
 esfera del Sol que adoro,
 trono de mi dulce imagen,
 concha de una ilustre perla,
 jardin de la flor mas grave,
 Cielo del Astro mas noble,
 alvergue hermoso de un Angel,

no me niegues à mi esposo,
 no me elcondas à mi amante,
 sin aliento vengo à verle,
 sin vida vengo à buscarle,
 permiteme ver mi dueño;
 pero que digo, si Atlantes
 son de las nubes que abollan
 tus torres pyramidales?

*Salen de noche Carlos, y Mengo car-
 gados de armas.*

Carl. Hermosa noche!

Meng. Una negra
 vetida de sombras tales,
 y estrellada como huevo,
 alabas?

Carl. Calla, ignorante.

Marg. Gente siento, à esta esquina
 serà fuerza retirarme.

Carl. A quien la color morena,
 Mengo, no serà agradable?
 lo blanco es muy dexativo.

Meng. Pues en una dama, ò damo,
 que todo es uno, no alaba
 la blancura?

Carl. Variables
 son los gustos, las morenas
 exceden en el donayre,
 ingenio, y brio à las blancas,
 por ocasion de la sangre,
 segun Filósofos dicen,
 y esto no lo ignora nadie;
 y pues la noche es morena,
 y moreno, Mengo, el Angel
 que adoro, quando la alabo,
 ni te admires, ni te espantes.

Marg. Cielos, el Principe es este:
 turbada estoy, y cobarde!
 estatua con alma soy!

Meng. Que se atreviera à llamarte
 esta muger! no me espanto,
 siendo la causa el Amor.

Marg. Ha facil,
 vario, traydor, y al fin hombre,
 que es lo mismo que mudable,
 à ver otra dama viene?
 Cielos, si llegarè à hablarle?
 Amor me dice que salga,

zelos me dicen que aguarde.
Carl. Por gozar de la frescura
 dela noche, y desahogarme,
 que me enfadan de Palacio
 forzosas autoridades,
 vengo al terrero, no à oír,
 porque cuidado me cause,
 las razones desta dama,
 que se ha atrevido à llamarme,
 que bien sabes, Mengo, tu,
 como idolatro conitante
 en la bella Margarita,
 dulce ocaion de mis males:
 aguardame, darè buelta
 à los balcones. *vase.*

Meng. Quien trae
 citas armas, como puede
 bullirse, ni aun menearse?
Marg. Cielos, ya buelvo à vivir,
 zelos, la colera balste,
 Mengo se ha quedado solo;
 ola, vayase al instante.
Meng. Ay Jesus, si es alma en pena!
Marg. Què digo, vayase.
Meng. Aguarde,
 que soy nuevo en la Ciudad,
 y ferà el perderme facil.
Marg. Morirà.
Meng. No, para què?
Marg. Donoso està: es un cobarde
 gallina.
Meng. No puede ser,
 que no estàn sin acostarse
 las gallinas à estas horas:
 yo juro de no eitorvarle.
Marg. Despañarèle de un monte,
 si se detiene en hablarme.
Meng. Harà mal, porque en subiendo
 à lo alto, luego al instante
 me dà vahido. *Marg.* Conoce
 quien soy, ò mi nombre sabe?
Meng. No, mas segun sus acciones
 temerarias, llamaràse
 despeña Mengos.
Marg. Al punto
 parta de aqui.
Meng. Yà se parten.
Marg. A Carlos he de aguardar;

què tiene, no se và?
Meng. Irànte.
Marg. Yo fingirè que soy Mengo,
 y así tengo de enganarle.
Meng. Oye uitè, donde he de irme?
Marg. Ay necesidad semejante!
Meng. Pues me embia, diga, donde
 quiere que vaya?
Marg. Donayre
 gracioso! vaya al infierno;
 ay mas gracioso ignorante!
Meng. Voy; mas yo no sè el camino,
 venga conmigo à enseñarme.
*Vase, y sale Carlos, y se emboza
 Margarita.*
Carl. Señã he hecho à los balcones,
 y no me responde nadie;
 Mengo?
Marg. Ay mi Carlos! la voz
 disfrazada ha de ayudarme;
 què ay, señor?
Carl. Vamos, Mengo,
 que todo en silencio yace.
Marg. Fue burla?
Carl. O desconfianza
 de que yo viniera à hablarle.
Marg. Si Margarita supiera
 esta travessura.
Carl. Ay Angel
 divino, y querido dueño!
 Mengo, sin defengañarme,
 no es hermosa Margarita?
Marg. No.
Carl. Vive Dios, ignorante,
 que te dè de cintarazos,
 quando grossero la ultrajes.
Marg. Yo los doy por recibidos.
Carl. Ay claveles rozagantes,
 rosas desplegando nacar,
 lirios, jazmines galanes,
 sabèas, pomas de olores,
 blancas pastillas del ayre,
 que en su frente no se afrenten,
 que en su boca no se hallen,
 que en sus mexillas no brillen,
 que en su aliento no se exhalen,
 pues unas manos hermosas,
 sembradas con mil donayres

de hoyos, ò sepulturas,
donde entierra voluntades.

Marg. Tan buenas mis manos son
como las tuyas. *Carl.* Vergante,
vive Dios, que estàs borracho.

Salen Federico, y el Conde, y acuchillanlos.

Cond. El es.

Fed. Pues muera.

Carl. Ha cobardes ! à ellos, Mengo.

Entranse, y sale Carlos.

Carl. Vive Dios,
que Mengo solo es bastante
à retirarlos ; què aliento !
con què valor , y con què ayre
pelèa ! *sale Mengo.*

Meng. Ay de mi ! què es esto ?
à la buelta desta calle
èitaba aguardando à Carlos,
y no sè determinar me
por donde podrè huír ;
mas ay, que aqui èitè un salvaje ;
miento, que mas ay de quatro,
seis ; parece gigante,
què alto ! què corpulento !

Carl. Este es dellos ; ha cobarde !

Meng. Que me matan, que me hieren,
que me oradan ; ay madre,
que me pinchan, que me enclavà.

Carl. Mengo ?

Meng. Señor ?

Carl. Dame
los brazos.

Meng. Burlas conmigo
porque huyo ?

Carl. Què donayre !

Meng. Tengo èite vicio de huír
de ocasiones semejantes.

Carl. Los traydores solo huyen.

Meng. Tambien huyen los leales.

Carl. La vida te debo, Mengo,
kuelvo otra vez à abrazarte ;
nunca te vi mas valiente.

Meng. Señor, gustas de burlarte ?

Carl. Como aora dabas voces,
si tu à los dos ahuyentaste ?

Meng. A què dos ahuyentè yo ?
Jèsus, y què disparate !

Carl. Matalte alguno ?

Meng. Yo,

que no he reñido con nadie ?
sin duda que no soy Mengo.

Sale Margarita. Carlos ?

Carl. Què quieres ?

Marg. Quedalte
herido ? los dos huyeron.

Carl. Quien eres ?

Marg. Mengo, tu Page.

Meng. Ay de mi ! que no soy Mengo.

Carl. Tu eres Mengo ?

Marg. Èsto, dudaite ?

Carl. Qual es Mengo de los dos,
que aqui ay engaño notable.

Meng. Si me he convertido en dos ?

Marg. La cautela ha dado al tratte.

Meng. Si èl es Mengo, quien soy yo ?

Carl. Descubrete.

Marg. No me mandes
descubrir, que acude gente
al alboroto.

Carl. Diràsime
quien eres ?

Marg. Señor, per dona,
que es encubirme importante
por los que vienen.

Carl. Pues toma
èite cautivo diamante,
y vè mañana à Paacio.

Marg. Belo tus plantas Reales. *vase.*

Meng. Señor, mira que soy Mengo
el de veras, no te engane
èste demonio.

Carl. No engaña,
vente conmigo, que es tarde.

Meng. Valgame Dios ! ò ay dos Mengos,
ò yo no soy el que antes.

Vanse, y sale Federico, y el Conde.

Cond. Tan citraño lucesso,
que me tiene admirado te confieffo.

Fed. Que Mengo, aquel villano,
con dieitro azero, y valerosa mano,
prevenido de brio,
opuesto à tu valor, y opuesto al mio,
nos siguiera arrogante,
apreitado, colerico, y galante !

Cond. Vive Dios, que lo dudo.

Fed. Rayo del Cielo fue su estoque agor-
yo le diera la muerte; (do,
mas por no descubrirme, de esta fuerte
me retirè advertido,
que si me conociera el atrevido,
con valiente desvelo,
à cuchilladas le arrojàra al Cielo,
y tan alto volàra,
q. en las mismas estrellas lo estrellàra.

Cond. El enojo reporta,
y vamos, Federico, à lo que importa.

Fed. Pues tiene inconveniente
quitar la vida à Carlos mi pariente,
para vèr su ruina,
dispongo una cautela peregrina.

Cond. Qual es?

Fed. Conde, que Albano,
el que en la Aldèa le criò villano:
mas despues lo sabràs, vente conmigo,
porque de mis intentos seas testigo,
veràs, en un instante,
despeñar este barbaro arrogante
del trono de la Luna,
que à mi pesar le ofrece la fortuna;
luego has de ir à la Aldèa,
pues vès con el afecto que defea
el alma tus aumentos,
contratada de varios pensamientos,
que ninguna persona
sossiega pretendiendo una corona,
y assi desde aquel dia
vivo, amigo, sin gusto, ni alegria,
solo pesares siento, (tente.
que donde ay pretensiones no ay con-

Vase el Conde.

Fed. Carlos, sin duda, està aqui.
Dentro Carlos. Allì à Federico miro.

Fed. De su fortuna me admiro.

Carl. De verle me suspendì.

Fed. Creciendo mis penas vèn,
mirando à quien aborrezco.

Carl. El lauro à sus pies ofrezco
de bizarro, y de galàn.

Fed. Què mal Carlos me parece!

Carl. Què lucido es Federico!

Fed. Mi pena en la vista explico.

Carl. Mi amor en su talle crece.

Fed. Ni me agrada, ni le estimo.

Carl. Ni me ofende, ni me ofenda.

Fed. Daràle muerte mi espada.

Carl. Darèle el alma à mi primo.

Fed. Que assi sus dichas abona!

Carl. Que assi agrade su venida!

Fed. Quien le quitàra la vida!

Carl. Quien le diera mi corona! *Sale.*

Primo? *Fed.* Primo?

Carl. Què pafion
manifiesta tu semblante?

Fed. Solo un achaque es bastante
à darme esta suspension.

Carl. Y por essa causa ayer
à las fieltas no saliste?

Fed. Si; pero pues tu las viste,
hazme, Principè, placer
de referirlas.

Carl. Pudiera

escusarlo mi disgusto;

pero quiero darte gusto,

ello fue de esta manera:

A las fieltas que Napoles publica,
en que el afecto que me debe explica,
el Sol, ù de embidioso, ù de corrido,
en rebozos de nubes escondido,
negò su bizarrìa,
mas Porcia duplicò la luz al dia, (les,
dando al Oriente de un balcón dos So-
coronados de rayos, y arreboles.

El Marquès valeroso,
que sujetò su espiritu fogoso,
en librèas galantes,

tanta copia introduxo de diamantes,
que engolfado entre luces, y centellas,
me pareciò que se quemaba en ellas,
y pretendiò decirle mi desvelo, (lo
tente, hòbre, q. te quemas, vive el Cie-
Llegò al toro, y galante,
diò un rejòn venturoso en un inflàte,
y entrandole la punta con destreza,
lo que fue garrochòn hizo cabeza.

Saliò despues Riselo

vestido de leonado terciopelo,

en un rucio rodado,

mas anduvo Riselo desgraciado,
pues que corriendo tropezò sin verlo,
rodò sin que pudiera detenerlo,
brotando el bruto en suma,

sangre en los ojos, y en la boca espumando,
 y siendo despeñado, (mas)
 una vez rucio, pero dos rodado.
 Salì el Conde con tanta bizarrìa,
 que duplicaba el rosicler del dia,
 siendo de plumas gualdas, (das,
 verde origen un broche de esmeral-
 tan brillante, y lucido.
 de dorados esmaltes guarnecido,
 que si el Sol verde fuera,
 todo el vulgo creyera,
 que el Sol de las esteras verdadero
 se le havia puesto al Conde en el som-
 y lo pensò el cavallo, (brero,
 pues sin poder parallo,
 corrià tan ligero, que à sus galas
 las plumas del penacho daban alas,
 y volando fogoso,
 parece que decìa à los del coso:
 mirad que yo no corro, sino vuelo
 por bolver à llevar el Sol al Cielo.
 Era este un alazàn fuerte, y lozano,
 y al hollar torneando cada mano,
 con candidos reflexos,
 las herraduras parecian espejos,
 en que el bruto bufando,
 el copete, y la clin se iba mirando.
 Llegò à un toro, y con gala denodada
 le diò el Conde tan grande cuchillada,
 que el cuello le cortò, y de sàgre llena,
 cayò la muda testa en el arena,
 y con mortal porfia,
 como quãdo diò el golpe le embestia,
 le hirì con tan subita presteza,
 que le acometiò el toro sin cabeza.
 Despues gozò Lisardo
 aplausos de valiente, y de gallardo,
 y en un blanco Andaluz à quien heria,
 que un pedazo de nieve parecìa,
 (dando à entender por señas)
 q. encendiendo centellas en las peñas,
 al ir velòz corriendo,
 por la cola se le iban derritiendo
 de su nieve las pellas,
 con el fuego, y calor de las centellas.
 Llegò à buscar un toro, q. en la Plaza,
 tan sañado amenaza,
 que parece que ciego

escupe espuma, sangre, humo, y fuego,
 y con ansias fatales,
 de la testa esgrimiendo los puñales
 con ansiosa querella:
 aqui embitte, alli brama, alli atropella,
 y con vivo desvelo,
 la arena escarva, y la tira al Cielo,
 sino es q. con las manos en tal guerra,
 para sembrar su sangre ara la tierra,
 ò como mata tanto su desvelo,
 para èterrar los muertos caba el suelo.
 Llego Lisardo, aguardale animoso,
 y en la cressa cerviz con alborozo,
 fue llave su rejòn, que abriò la puerta,
 y la sangre saliò viendola abierta:
 tròchè el alta, y galà, en diestro vuelo,
 el retto que quedò arrojò al Cielo;
 en cuya ardiente esfera,
 que se encendiò, no dudo,
 para que el vulgo viera
 baxar carbon, lo que subiò madera;
 Mas siento afuera ruido.

Dentro. Dexadla, descomedido.

Meng. Aunque no quiera entrarè.

Sale Mengo, y Margarita con un canasto de flores.

Carl. Què es esto?

Meng. Una guarda fue,
 que estorbaba su locura
 la entrada à esta hermosura;

Marg. Y es barbaro tal rigor,
 pues es la Iglesia mejor,
 y nos dexa entrar el Cura:
 Principe, à verte he venido
 en nombre de aquella Aldeà,
 que es tu Patria, y te desea:
 estas flores he traído,
 perdona si yerro ha sido.

Fed. El dueño de mis amores
 veo. *Carl.* Tus floridos favores
 merecen mejor esfera;
 pero quien es Primavera,
 què puede dár sino flores?

Fed. Primo, esta Aldeana adoro
 desde que vi su valor,
 sirviendo etloy al Amor
 de aljava con flechas de oro.

Carl. Merecelo su decoro.

Marg.

Marg. No queréis flores ?
Carl. Pues no ?
Fed. Lo verde mi amor tomò,
 porque mi esperanza acuerde.
Carl. Si vos elegis lo verde,
 lo azul elegiré yo.
Fed. Lo verde ofrece consuelo,
 y es mas perfecto color.
Carl. Antes lo azul es mejor,
 pues con èl se adorna el Cielo;
 y essa es librea del suelo,
 que se desluce, y marchita.
Fed. Su ofensa no se permita,
 que esse toldo guarnecido
 la vista azul lo ha fingido.
Carl. Pues juzguelo Margarita.
Marg. Que trocarais las colores
 quisiera, porque en rigor
 le està al Principe mejor
 lo verde, que azules flores
 son libreas superiores,
 que el Cielo, y la Tierra encierra.
 Quien lo azul elige, yerra,
 que lo verde es mas amable,
 que al fin el Cielo es mudable,
 y siempre es firme la Tierra.
Carl. Qué ingenio tan fazonado !
Fed. Qué despejo tan lucido !
Carl. De zelos ettoy perdido. *ap.*
Fed. Loco ettoy de enamorado: *ap.*
 Carlos, pues me he declarado,
 pintala mi amor constante,
 mi ofiada no te espante,
 y disculpa el ser grossero,
 pues siempre alcanza el tercero
 lo que no puede el amante.
Carl. Darte gusto solicito:
 oye, Aldeana hermosa.
Fed. Esta paloma amorosa
 à su discrecion remito.
Carl. Un fuego, un bolcàn imito:
 Qué necios los zelos son !
 pues con falsa aprehension
 estorva su sentimiento
 la luz al entendimiento,
 y al discurso la razon.
 Margarita, de ti ausente,
 en triste, y penosa calma,

estuvo à peligrò el alma
 de otro mayor accidente.
 No has visto al Sol esplendente,
 quando al brillar su fulgor
 en la esfera superior,
 una nube mas vecina,
 firviendole de cortina,
 encubre su resplendor ?
 Pues assi esta ausencia aora
 fue nube de tu hermosa,
 quedando sin ella obscura
 el alma, que en mi te adora.
 Tu eres mi vida, señora,
 y ausente es fuerza decir,
 que vivir sin ti, es morir,
 tu ausencia fac mi homicida;
 porque quien està sin vida,
 cómo es posible vivir ?
Fed. El verà Mengo me admira.
Meng. Federico, con enojos,
 no aparta de mi los ojos,
 y no se por qué me mira.
Fed. Que este à dos hombres retira
 siendo un rustico Pastor !
 qué ofiada ! qué valor !
Meng. De ver su atencion me espanto;
 por qué me mirará tanto ?
Fed. No vi mas valiente ardor.
Marg. Tan poco, Carlos, te debo,
 que tienes zelos de mi ?
Carl. Desde que à mi primo oí,
 fuego en sus palabras bebo.
Marg. No adviertes como me atrevo
 à verte en trage Aldeano ?
Hablan aparte Federico, y Mengo.
Fed. Que tu fuiste, es caso llano,
 valiente en esta ocasion.
Meng. Pues tiene comparacion
 este acero, y esta mano ?
Marg. Darás muerte à mis desvelos.
Carl. Digo, que obediente ettoy,
 y que empenò mi palabra
 de no pedirte zelos.
Marg. Yo
 puedo, Carlos, ofenderte ?
 qué mal conoces mi amor !
Carl. Puesto que muy divertidos,
 Margarita, estàn los dos,

dame un abrazo.

Marg. No, Carlos.

Carl. Por qué lo excusas?

Marg. Por no

ciñuciar con mi sayal
tu brocado. *Carl.* Qué dolor!

acaba, dame los brazos,
no me atormentes por Dios.

Marg. Mita, que nos vén.

Carl. No importa.

Marg. Me has de pedir zelos?

Carl. No. *Abrazanse.*

Fed. Qué al fin eres tan valiente?

Meng. No ay otro hombre como yo.

Fed. Y que es tan cierto, que anoche
solo acometiste à dos?

Meng. Si señor, y à ser doscientos,
tuviera el mismo valor;

mas huyeron los borrachos,
que à no huir de la ocaion,
almondiguillas hiciera
de sus nalgas, vive Dios.

Fed. Y conociste quien eran?

Meng. No señor, mas juzgo yo,
que serian dos figuras.

Carl. Una mano.

Marg. Tuyas son.

Carl. De manos à boca gozo,

Margarita, tu favor;
però cuyo es este anillo?
Ha traydora! vive Dios:--
no ettoy en mi; quitarète
la vida: sin alma ettoy.

Marg. Qué tienes: de qué te turbas?

Carl. Quien este anillo te dió?

Marg. Yà rompes el juramento?

yà me pides zelos? *Carl.* No,
que no son zelos los mios,
agravios, ingrata, son:
dime quien te dió este anillo?

Marg. Tu mismo, mis ojos.

Carl. Yo?

Marg. Si, pues yo fui anoche, Carlos,

quien con aliento, y valor,
opueta à los dos traydores,
malogrè su prentencion.

Carl. Qué dices?

Marg. Lo que te digo,

pues en traje de varon
vine à verte de la Aldèa.

Carl. O graui milagro de Amor!

*Salen aora el Rey, el Conde,
y Albano.*

Rey. Notable engaño!

Cond. Aqui està.

Fed. Bien mi industria se logrò.

Alb. Vuestra Alteza me perdone
mi engaño. *Rey.* Carlos.

Carl. Señor.

Rey. Yà no sois Principe, Carlos,
sobrino de Albano sois.

Alb. A semejante cautela
diò motivo mi ambicion,
pues por ver reynar mi sangre,
Principe à Carlos llamò;
Margarita es verdadera
Princesa en Napoles oy,
de mi señora la Reyna
en esta Aldèa nació:
perdonad, señor, mi yerro.

Rey. Pues no confiesas tu error,
el descubrir la cautela
te sollicita el perdon.

Alb. Margarita es esta.

Rey. Hija,
dame los brazos.

Marg. Señor,
taanta dicha? qué mudanza!

Rey. Princesa os llamaràn oy:
decid, viva Margarita
la Princesa.

Todos. Viva. *Rey.* Y vos,
Carlos, no os vais à la Aldèa,
que os estimo mucho yo. *vas.*

Marg. Los ojos hablan à Carlos,
que lenguas del alma son. *vas.*

Fed. Carlos, fortuna es mudable,
no tengo la culpa yo. *vas.*

Cond. Carlos, la mudanza siento:
qué remedio? guardaos Dios. *vas.*

Alb. Carlos, bolved à la Aldèa,
villano sois, no señor. *vas.*

Porc. Carlos, aunque sois villano,
no niego, que os tengo amor. *vas.*

Meng. Muí frios hemos quedado:

esta ofensa declarada
no ha de quedar sin castigo,
por que perdais la esperanza;
y aunque es menolprecio mio
reñir con persona baxa,
y ensangrentar este azero
en vuetra sangre villana,
sacad la espada, y aora
vuetra opinion obtinada
se defienda de mis brios
con obras, no con palabras.

Carl. Reportese vuetra Alteza,
que humilde à sus Reales plantas
confiesso, que no ofendi
su Magestad soberana.

Fed. Defendete, ò vive Dios,
que he de matarte.

Carl. Ay tal ansia!
que por ser yo su vassallo,
no ha de matarle mi espada!

Fed. Para assegurar el Reyno
es la ocasion extremada,
que es fuerza, matando à Carlos,
el reynar yo con la Infanta.
Vive Dios, que he de matarte,
si no te defiendes; saca
el vil azero. *Carl.* Señor,
serà traycion declarada,
y ofender à mi lealtad.

Fed. Pues darè de estocadas.

Saca Carlos la espada, y sale Mengo.

Carl. Pues vive Dios, y esta Cruz,
en quien mis labios se estampan,
que para sola esta accion
ha salido de la bayna,
que si vuetra Alteza apura

mi sufrimiento:-- *Meng.* Ay, que matan
à Carlos! favor. *Fed.* Mengo,
no alborotes al Rey, calla.

Carl. Voyme, que no he de poder
sufrirme à mi en tales ansias. *vase.*

Buelve la cara Federico, y no le balla.

Fed. Agradeced que ha venido:--

Meng. Yo me escurro à estotra sala.

Fed. Fueis; y tu, Mengo, tambien vete.

Sale el Conde.

Cond. Què enojo te agravia,
obligandote à sacar

el azero de la bayna?

Fed. Conde, he querido matar
à Carlos. *Cond.* Es temeraria
resolucion. *Fed.* Calla, Conde,
calla, no me digas nada,
que oy he de matar al Rey,
y à Carlos, para que salgan,
lograndose mis intentos,
de temor mis esperanzas.

Vanse, y salen Porcia, y Carlos.

Porc. El autentè dueño mio,
gloria de mis pensamientos,
por quien me sobra el cuidado,
por quien me falta el sosiego,
he viuto: Carlos? *Carl.* Señora?
rabiando estoy. *ap.*

Porc. Què ay de nuevo?
como te và en el Aldèa?

Carl. Penoso vivo, y contento.

Porc. No implica contradicion
guito, y pena? *Carl.* Si en mi veo
pena de vivir ausente
de lo que gocè algun tiempo,
y guito de habitar solo
la soledad de estos yermos,
donde ni viven lisonjas,
ni mueren conocimientos:
quien duda, que guito, y pena
tendrè, pues que estoy, confiesso,
por una parte penoso,
por otra parte contento?

Sale Margarita escondida.

Marg. Carlos, y Porcia hablando à solas?
què es lo que veo!

Carl. Agradecida os escucho, señora.

Porc. En el alma siento
vuetra mudanza, y mi pena:
sabad, que os estimo, y quiero.

Marg. Estò và perdido:
muerta estoy!

Carl. Yà mi dueño veo;
las acciones, y los ojos
manifiestan mi contento:
ay Margarita divina!

quien pudiera hablarla, Cielos!
si esta Porcia se ausentàra:--

Marg. Entre aquellos verdes fresnos
yace una hermosa alcaufa

de flores, bucaros bellos,
donde arroja el Alva aljofar,
aromatizando el viento;
la frescura de un arroyo
argenta el hermoso suelo,
respiracion de una roca,
vanda de vidrio del yermo,
Ruisseñor dulce sin alma,
marfil vivo sin aliento,
no quiero sin ti gozarle:

vamos. *Porc.* Gustosa obedezco.

Sale Meng. Escapème lindamente
del Infante. *Carl.* Llegar quiero:
señora? *Marg.* Aparta villano:
un etna tengo en el pecho, *ap.*
que el verle hablar con mi prima
me tiene muerta de zelos. *vase.*

Porc. En Carlos me dexo el alma. *vase.*

Carl. Abfarto quedo, y suspensio:
Margarita estos desdenes!
Margarita estos desprecios!
aparta, villano, à mi?
esto escucho, y no estoy muerto!
No bastan de Federico
los agravios que padezco?
Cielos, Cielos, donde estoy?

Meng. Señor, en el Cementerio
de Santiago. *Carl.* Darè voces?

Meng. No, que con esto, y sin esto
te tienen todos por loco,
y es escusado remedio.

Carl. El mar alborotarè.

Meng. Què dexas que hacer al viento?

Carl. Lastimarè aqueßos riscos.

Meng. Mas te lastimaràn ellos
si te arrojan una piedra,
que te dè de medio à medio.

Carl. Hã mudable! tus finezas
has olvidado tan presto?

Mira aquel risco lloroso,
duro del monte repecho,
que promontorio de guijas,
y de peñas Polifemo,
cristalinas perlas llora,
y respondiendò à los ecos,
acusà tu ingratitud,
las peñas te dãn exemplo.
Margarita, así me olvidas?

duelante de mi los Cielos:

Meng. Ella es una gran bellaca.

Carl. Aun à quexarme no acierto:

eres, al fin, muger, que borran presto
figios de Amor cõ barbaros desprecios.

Vase Carlos. (tes,

Meng. Son mugeres, y tienè guarda-infan-
y así, de que te olviden no te espantes,
que estos guarda-infantes los han hecho
soio porque les véga el mundo estrecho.

*Vase Mengo, y sale el Rey, Albano,
y el Conde.*

Rey. Penosas melancolias
de la Princesa, pudieron
obligarme à vér la Aldèa.

Alban. Contenta vive de veros.

Rey. No se halla Margarita
en la Corte, estos desiertos
la deben afecto.

Cond. Es fuerza,
que al fin se ha criado en ellos.

Rey. No ay musica que la alegre,
ni que la divierta, y pienso,
que la musica à los tristes
duplica los sentimientos:
donde està Carlos? *Alb.* Cazando.

Rey. Mucho ei hablarle deseo,
que le he cobrado amiltad,
y me pesa se' aya buelto
à la Aldèa; mas no pude
detenerle con mis ruegos:
el mozo es cuerdo, y prudente.

Cond. Ausentòle el pundonor,
si no la afrenta.

Rey. Los Cielos *ap.*

son testigos, que quisiera
fuesse Carlos mi heredero.
Persuadirme no he podido
à que dexè de ser cierto,
què es mi hijo, pues la sangre
en amorosos afectos
me descubre, y me revela
dudosos conocimientos.

*Sale Margarita triste, Porcia,
y Federico.*

Porc. Señor?

Rey. Porcia? Margarita?

Yà estàs, Princesa, en tu centro:

el

el rostro inclinas penoso?
 los ojos baxas al suelo?
 Quando yo à tu corta Patria
 alegre, y contento vengo,
 por el que en ti solícito,
 estàs mas triste? què es esto?

Mar. Los zelos me tienen muerta.

Rey. Ya del Filósofo veo
 la opinión acreditada,
 pues dice, que en los ingenios
 sabios la melancolia
 adquiere mayor imperio.

Mar. No està en mi mano alegrarme.

Fed. No tiene, señor, lo siiego.

Rey. Ven à descansar, Princesa.

Marg. Señor, quedar sola quiero.

Porc. Del achaque, que la afflige,
 el llanto es mejor remedio.

Rey. Descansa, hasta que el Sol
 se despeñe al mar soberbio,
 tornasolando las nubes
 pardos borrones del Cielo.

Vanse aora todos, y queda sola

Margarita.

Marg. Què inferno de amor (ay Cielos!)
 atormenta mi prudencia?
 terrible mal es la ausencia,
 pero mayor son los zelos.
 Quando procuran desvelos
 alimentar con favor
 esperanzas de mi amor,
 doblar mi duelo pretendo,
 pues de Caribdis huyendo,
 doy en Scila, que es peor.
 Salid, lagrimas impias;
 mas si son tan diferentes,
 las del disgusto calientes,
 y las del contento frias,
 fuego aumentarán las mias;
 y quando no, en sus despejos,
 si contra zelos, y enojos
 es Amor ardiente fragua,
 què importa que arrojen agua
 à la lumbre de los ojos?

Sale Mengo.

Meng. Si te mueve la piedad,
 Carlos, illustre señora,
 con tristes voces, aora

en aquesta soledad,
 entre penas, desconfuelos,
 lagrimas, ansia, y dolor,
 publica su firme amor,
 divulga sus tristes zelos.

Marg. Mejor dixeras los mios.

Meng. A quien tanto te ha querido
 correspondes con olvido?

Marg. No digas mas desvarios,
 Mengo, dexame por Dios:
 Carlos es un alevoso,
 y esse engaño cauteloso
 es concierto de los dos.

Meng. Dos mil demonios te lleven,
 si no te adora, y estima.

Marg. Si yo le vi con mi prima::

Meng. Sus lagrimas no te mueven?

Si mal no me acuerdo yo,
 algun dia le querias,
 y en su ausencia no vivias.

Marg. Ya esse tiempo se passò
 si el me dà zelos tyrano,
 tengole yo de querer,
 siempre expuesta à padecer
 los rigores de su mano?

Meng. Liso es quearte de vicio;
 pues tanto tu ausencia sienta,
 que desde que vive ausente
 tiene perdido el juicio;
 su triste melancolia
 el ultimo extremo toca,
 no se le cae de la boca
 Margarita en todo el dia.
 Si tu voluntad repite
 tierno, amoroso, y còtes,
 lo dice tan dulce, que es
 cada palabra un confite.
 Con tu nombre se almirara,
 se aloja, se encaniona,
 se conserva, se entoruna,
 se presta, y se azucara.
 Verle hablar solo, espanta,
 è le dà à si la respuesta,
 con Margarita se acuesta,
 y con ella se levanta.
 Su congoja no limita
 el otro dia fevero,
 por decir dame el sombrero,

dixo , dame à Margarita:
quieres que le llame ?

Marg. Si.

Meng. Vivas mil años, señora,
con quien amante te adora:
yo voy.

Marg. Mengo, vuelve aquí.

Meng. No me embias à llamar
à Carlos ?

Marg. A Carlos yo ?

Meng. Pues no he de llamarle?

Marg. No.

Meng. Ay semejante pesar !

Marg. Corre , y llámale.

Meng. Si harè.

Marg. Vèn acà , no vayas , tente.

Meng. Mudanza mas de repente,
ni la he visto , ni verè.

Marg. Mengo, no vàs à llamarle?

Meng. Si.

Marg. Pues quien te manda ir?

Meng. Vive Dios, que ha de venir,
aunque no quieras hablarle. *vaf.*

Marg. Ay Carlos del alma mia!
estos zelos, que me dàs,
engendran afectos mas
en mi amorosa porfia.

Salé Carlos.

Carl. Què me manda vuestra Alteza?

Marg. Yo ? quien sois , ò què quereis?

Carl. Que escucho, Cielo, què escucho! *ap.*

Muerte, à quando aguardas ? vèn.

Princesa, dueño, señora,

yà es imposible querer

disimular la congoja,

que me sirve de cordel

al cuello, à la voz de estorvo,

de nudo à la lengua, à quien

no traslada el sentimiento

los afectos de su fe,

porque al miraros ingrata,

me elevais , y suspendeis.

Quantas veces esta fuente,

margenada de clavèl,

fue cristalino testigo

de nuestro amor , y por ver

las reciprocas ternezas,

que mas piadoso escuchè,

el curso ceyò al aljofar,

doblando al blanco papel

las blancas hojas , adonde

dibuxò embidia tal vez,

el Ruy señor amoroso,

siendo su pico pincèl :

Quantas veces:::

Marg. Basta , Carlos;

confiesso, que os quisè bien,

que negar yo recatada

lo mismo que sabeis , es

poner el credito en duda,

ò preciarle de cruel;

però pues discreto sois:::

mas antes quiero saber,

què hablabais con mi prima

quando con ella os hallè:

Carl. Ponderòme su fineza,

y yo necio , y descortès,

siendo mi disculpa vos,

aun no supe agradecer

los favores que me hizo,

y respondi con desdèn.

Marg. La verdad, no mintais, Carlos.

Carl. Lo cierto digo. *Marg.* Està bien:

Digo, pues, Carlos, que ha dado

nuestra fortuna un vaybèn,

à mi al trono me subidò,

y à vos os derribò del.

Premiar vuestro amor quisiera,

mas imposible ha de ser;

vos sois villano , yo Reyna:

què dirà el mundo si vè,

que estimo , siendo Princesa,

lo que villana adore:

Abatirme, es imposible,

porque me pongo à perder

vida, Corona , y honor;

intentar haceros Rey,

es temeridad : mi Reyno

como os ha de obedecer:

Pues amar para dexaros,

ser firme para no vèr,

esperar sin esperanza,

es una locura , es

un despeño, una idèa;

y en conclusion , es querer

arrojarle à los peligros.

no sujetarse à la ley,
vivir condenada en vida,
y martyr una muger.
Luego si bien lo mirais,
luego si lo pensais bien,
olvidaros, no es delito,
dexaros, yerro no es.
Carlos, yo voy à casarme
con mi primo, que es mi bien,
que el amor que os he tenido,
le troquè, Carlos en èl;
à Dios, no me dices nada?
Carlos, no me respondeis?

Carl. Pues un muerto, què ha de hablar?

Marg. Luego dais à mi desdèn
credito? esposo, señor;
bolved, mis ojos, bolved,
que gusta de dâr picones
Amor, como niño es:
còmo puedo yo olvidaros,
si toda el alma teneis?
dame los brazos.

Carl. En ellos
cobro, Margarita, el sèr:
que así gustas de engañarme!

Marg. Esto es jugar.

Carl. Es querer
poner à riesgo mi vida.

Marg. Grande la disculpa es.

Carl. Disculpa en burlas, señora?
las burlas matan tal vez;
y mudanzas, aun de burlas,
jamàs parecieron bien.

Marg. Te has acordado de mi?

Carl. Solo una vez me acordè,
porque nunca me he olvidado;
pero dime, has de querer
à un villano, siendo tu
Princesa!

Marg. Calla, no
con essas dudas cobardes
desdores à mi placer:
mal mi voluntad conoces,
por ti dexàra de ser
Reyna de quanto ilumina
el Defico Rosiclèr
en carrozos de diamante,
y en circulos de clavèl,

Carl. Rumor en aquella puerta,
si no me engaño, escuchè.

Marg. Escondete en este lado:
pefaràme si te ven.

*Escondese, y sale Federico con la daga
desnuda, y descubrese el Rey
durmiendo.*

Fed. Llena el alma de cuidado,
y el corazon de recelo,
todo entregado al desvelo,
todo à la razon nagado,
penoso, atemorizado
vengo à matar à mi tío;
conozco que es delvario,
siendo mi sangre, y mi Reys
mas el yugo de la ley
no se rinde al alvedrio.
Ingrato en mirarle soy,
yo me contieffo cruel;
mas soy Rey, muriendo èl;
y si vive, nada soy.
Confuso, y dudoso estoy,
la razon tengo perdida,
la ocasion es atrevida,
y la pretension advierte,
que està mi vida en su muerte,
y està mi muerte en su vida.

*Quando le và à dâr, habla el Rey
entre sueños*

Rey. Federico, Federico,
sobrino, por què me matas?
tus crueldades son ingratas
contra el amor que publico.

Fed. Mis designios multiplico,
pues dà voces su pasión
en dormida elevacion:
ea, viva mi ossadia,
pues lo supo en profecia,
sepalo en la execucion.

*Vale à dâr Federico, y sale Margarita
y Carlos.*

Carl. Tente, Federico!

Marg. Muera.

Carl.

Carl. Matale, muera el traydor.

Rey. Qué es lo que miro! qué es esto,
sobrino? valgame Dios!

Fed. Si un alevoso delito,
que ambicion ocasionò,
arrepentido en la culpa
puede merecer perdon,
à tus plantas reconozco
mi delito, y mi dolor;
y antes que quites la vida
al que ingrato te ofendiò,
digo, que Carlos es hijo
tuyo, y mi ofiàdo rigor
el engaño en su mudanza
con Albano negociò.

Buelva el Principe à gozar
el trono, y la posesion,
que Albano, y yo le quitamos,
opuestos à su valor;
y pues los dos te ofendimos,
castiganos à los dos.

Alban. Y antes sepa vuestra Alteza,
que porque le tuvo amor
à la Princesa mi hijo,
su calidad ocultò
la natural voluntad;
mas yà publica mi voz,
(testigo el Divino Cielo
de la verdad que os tratò),
que es Carlos Principe invicto,
y Margarita, seño.

su prima, pues de tu hermana
en esta Aldèa nació.

De esto puedes en la Aldèa
hacer luego informacion,
y castiga mi delito,
pues à tus plantas estoy.

Rey. Alzad del suelo, que quiero
darle generoso oy
assunto auevo à la fama,
concediendoo el perdon.
Federico quiso darme
muerte, como confesò,
mas ya arrepentido yace,
despues que aqui examinò,
de su valor los quilates
à la luz de la razon;
y si aora le castiga
mi justicia, y mi rigor,
serà ofender un amigo
no castigar un traydor:
levanta del suelo. *Fed.* El Cielo
prospera tu succession.

Rey. Dè Carlos à Margarita
de esposo la mano; y vos
à Porcia.

Marg. Ay Carlos! dichofo
el discurso de mi amor.

Carl. Callando explieo mi dichas
Y aquestas, Senado, son
Mudanzas de la Fortuna,
y Firmezas del Amor.

FIN.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes titulos, en Salamanca
en la Imprenta de la Santa Cruz; asimismo, Autos, Entremeses,
Historias, y todo genero de Copleria.
Calle de la Rua.